

AÑO JUBILAR DE SAN LUIS GONZAGA, SJ (1568-1591)

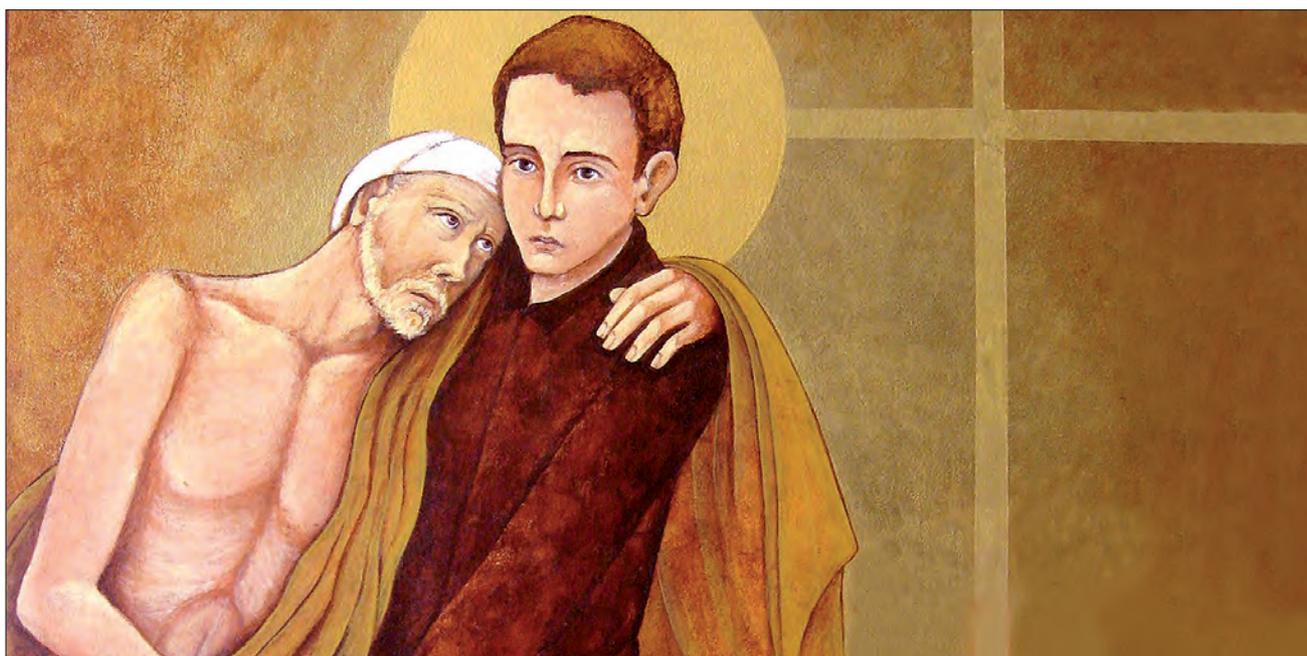
Una forma alternativa de ser joven

EL P. General Arturo Sosa inauguró el 9 de marzo el Año Jubilar de San Luis Gonzaga, con motivo de los 450 años de su nacimiento (1568), en el año de la misma efeméride de la muerte de San Estanislao de Kostka (15 de agosto de 1568). Estos dos jesuitas, junto con San Juan Berchmans y el beato Bernardo de Hoyos, completan el grupo de jóvenes que se proponen como modelos para distintas etapas de la formación del jesuita.

Por su parte, la Santa Sede, al proclamar la celebración de este Año Jubilar Aloisiano desde el 9 de marzo de 2018 hasta la misma fecha de 2019, señala como lugares privilegiados de peregrinación la iglesia de San Ignacio en Roma, donde reposan los restos de San Luis, y todos los templos del mundo dedicados a este joven jesuita. En nuestro horizonte inmediato se nos presentan otros acontecimientos eclesiales relacionados con los jóvenes: el Sínodo de los Obispos, en Roma, sobre *Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional*, durante este mes de octubre, y la Jornada Mundial de la Juventud, en Panamá, en enero de 2019.

San Luis Gonzaga, después de San Francisco Javier, ha sido el santo jesuita más popular, pero necesita una operación de «marketing», pues sus hagiógrafos del barroco lo hipotecaron como arquetipo del candor religioso, lo que hoy día lo hace inverosímil, cuando no absurdo y rayano en la cursilería. Se hizo muy popular con el patronazgo de las congregaciones marianas de San Luis para jóvenes, conocidos por «los luisés», que se instituyeron en residencias y colegios jesuitas.

Muestra de su popularidad es que una de las explicaciones de la popular expresión «más bonito que un San Luis» («de palo», según añade otra versión), que la relaciona con su iconografía (pinturas e imágenes «de palo» o de madera), al representar a un joven guapo, bien vestido y acicalado... Otra tradición, sin embargo, atribuye el origen de ese dicho al buen aspecto externo y a los flamantes uniformes de los soldados franceses integrantes del ejército llamado de los «cien mil hijos de san Luis» que vino en ayuda del absolutista Fernando VII en 1822.



De hecho, San Luis encarnó unos valores perennes por los que debe ser reconocido. Hay que valorar su evangélica contestación contracultural del entorno palaciego, plagado de convencionalismos artificiales y vanos; su entrega a los marginados enfermos contagiosos de tifus, lo que le causó la muerte. Su idealismo le hizo soñar con utopías que se concretaron en el precoz voto de castidad y posterior ingreso en la Compañía de Jesús, con la intención de sumar su esfuerzo personal al de esta institución para intentar humanizar (cristificar/divinizar) un poco más este mundo. Por algo la etimología de su nombre, de origen germano, *Hludowig*, apunta a gloria/fama y lucha/batalla.

LUIS GONZAGA

Nació en el palacio de Castiglione delle Stiviere, cerca de Mantua (Lombardía, Italia), el 9 de marzo de 1568. Alumbramiento muy celebrado con festejos populares al uso de la época, pues era de una estirpe de rancio abolengo que se remonta al siglo XI, como primogénito de Ferrante Gonzaga, marqués de Castiglione y príncipe del Imperio, y Marta Tana di Sântena.

Tenía una vigorosa personalidad y una inteligencia viva y abierta. Desde pequeño le gustaba jugar con pólvora y disparar cañones desde las almenas de su castillo-palacio, y a los cinco años jugaba a pasar revista a las tropas, entre las que se paseaba con su armadura infantil. Su afición por las armas de fuego le provocó una quemadura en la cara al disparar un arcabuz; en otra ocasión un cañón le ocasionó múltiples heridas al lanzarlo al suelo. Al mismo tiempo era un niño muy creyente y practicante, además de estudioso, destacando en el aprendizaje de las lenguas, las matemáticas y el arte de la diplomacia, al igual que después lo hará en filosofía y teología.

En la corte de los Médicis en Florencia (1577-1578) fue paje de honor del Gran Duque de Toscana, donde, a los 10 años hizo voto de castidad ante un altar de la Virgen en la iglesia de la Annunziata. En ocasiones relegaba el juego con sus amigos por las prácticas religiosas, llegando a explicar el catecismo a sus compañeros, y mostrando disgusto al recibir de sus criados el tratamiento de príncipe y señor. Recibió la Primera Comunión de manos de San Carlos Borromeo. Pasó por la corte de Felipe II en Madrid junto con su hermano Rodolfo, como paje del príncipe don Diego, tercer hijo de Felipe II, muerto con 7 años en 1582. En esta corte pronunció un discurso en perfecto latín, y el 15 de agosto de 1583, rezando ante el altar de Nuestra Señora del Buen Consejo en la iglesia del colegio jesuita (hoy iglesia de San Isidro), se sintió

claramente motivado para ingresar en la Compañía de Jesús, cuya estima le vino de la lectura de un libro de San Pedro Canisio.

Se rebeló a menudo contra ese mundo alegre y corrompido de la intriga, de la vanidad, la educada hipocresía y la lisonja, en que habitaba, y poco a poco se fue haciendo más intolerante ante aquel ambiguo y sutil ambiente, llegando a enfrentarse a él, desde una visión cristiana de la existencia y las relaciones interpersonales.

Comunicó sus intenciones de hacerse jesuita a su madre, y, vuelto a Italia en 1584 tuvo que luchar contra la oposición de su padre que temía que naufragaran los grandes proyectos que había concebido sobre su primogénito, dados sus generosos talentos naturales, superiores a los del segundo heredero al título.

Obtenida la licencia de su padre y del emperador para renunciar a sus derechos al título de marqués en favor de su hermano Rodolfo, pudo llevar a cabo su proyecto personal de vida y entrar en el noviciado de la Compañía de Jesús en Sant'Andrea al Quirinale, en



Inauguración del Año Jubilar San Luis Gonzaga en la iglesia San Ignacio, Roma.

Roma, en noviembre de 1585. Acabado el noviciado, inició sus estudios en el Colegio Romano, donde fue discípulo del que había sido su confesor durante el noviciado, San Roberto Bellarmino

Siendo estudiante de Teología, se ofreció voluntario para asistir a los afectados por la epidemia de tifus desatada en Roma en la primavera de 1591 que llevó a la tumba a 60.000 romanos. Perdido el miedo al contagio, se acercaba a las víctimas contagiosas y las curaba, y en una ocasión cargó con un anciano enfermo hasta el Ospedale della Consolazione en el Campidoglio. Después, tuvo que retirarse a la enfermería del colegio, con fiebre, y allí murió el 21 de junio de 1591, cuando contaba 23 años.

Ya en vida, y, sobre todo, desde su muerte, fue venerado como santo y comenzó a recibir señales de de-



voción: Santa María Magdalena de Pazzis obtenía autorización para que en Florencia se le tributase culto en 1600; un dominico con otros miembros de su comunidad y con permiso de la autoridad eclesiástica celebró en Castiglione, en 1604, una fiesta religiosa en su honor y en presencia de su madre. Paulo V concedió al cardenal Dietrichstein que se expusiese al público una imagen suya en 1605.

Finalmente, el 19 de octubre de ese año se solemnizó la beatificación, siendo el primer jesuita en llegar oficialmente a los altares, antes incluso que San Ignacio, beatificado en 1609. Esta rapidez no se correspondió con la del proceso de canonización, que no concluyó hasta el 31 de diciembre de 1726 en que Benedicto XIII lo agregó al número de los santos junto con Estanislao de Kostka. En 1729 lo proclamó patrono de los jóvenes; Pio XI lo hizo patrono de los estudiantes en 1926; y Juan Pablo II, en el cuarto centenario de su muerte, en 1991, lo proclamó patrono de los enfermos del sida.

En la iglesia romana de San Ignacio permanecen sus restos mortales y en el edificio del antiguo Colegio Romano, actual liceo público, se conserva la habitación en que habitó, transformada en capilla.

ESTANISLAO DE KOSTKA

En San Estanislao tenemos también un joven decidido a perseguir sus ideales sin escatimar esfuerzos, pues su fuerte convicción lo llevó a soportar burlas y castigos por mantener sus prácticas e ideales religiosos. Hoy, cuando la adolescencia se alarga tanto, nos llama la atención que hiciera eso un joven de tan solo 16 años.

Nació el 28 de octubre de 1550, en una noble familia católica de Rostków (Ostrotcka, Polonia), y en 1564, marchó al colegio jesuita de Viena (Austria), con su hermano Paweł y su tutor, pero al año siguiente tuvieron que dejar de ser alumnos internos, alojándose en la casa del senador luterano Kimberker. Estanislao

era un buen estudiante y aprendió alemán, además del latín y bases del griego. Era devoto de la Eucaristía y la Virgen María, frecuentaba la confesión y comunión y entró en la congregación de Santa Bárbara, para su cultivo espiritual personal y la asistencia a los encarcelados y viajeros pobres.

La costumbre de Estanislao de rezar durante horas, aun durante la noche, provocó el enojo de su hermano, que lo maltrató física y moralmente. Las experiencias místicas, experimentadas durante una enfermedad en diciembre de 1566, explican su iconografía con un Niño Jesús en los brazos y reafirmaron su deseo de hacerse jesuita. Su padre se oponía totalmente a ello y el provincial de Austria no se atrevía a admitirlo por miedo a represalias de su padre contra los jesuitas de Polonia. En agosto de 1567, se decidió a ejecutar su plan de ingresar en la Compañía, animado por un jesuita de la corte de Viena que le entregó una carta para el provincial de Alemania, San Pedro Canisio, al tiempo que lo recomendaba al P. General San Francisco de Borja.

Partió de la ciudad el 17 agosto, disfrazado de peregrino, burlando los intentos de su hermano para alcanzarlo y disuadirlo. No encontró a Canisio en Augsburgo, como esperaba, sino en Dilinga, después de recorrer más de 500 kilómetros. Canisio lo puso a prueba, haciéndole trabajar varias semanas como sirviente. Después lo llamó a Múnich y lo envió con dos compañeros a Roma, recorriendo a pie una distancia cercana a 900 kilómetros.

Estanislao, cuyo nombre de origen polaco y eslavo significa glorioso, había decidido consagrarse «a la mayor gloria de Dios» y de sus criaturas, en la Compañía de Jesús, donde fue recibido como novicio por San Francisco de Borja en la casa profesa de Roma. Fue su maestro de novicios el cordobés Alonso Ruiz, y uno de sus connovicios el futuro superior general Claudio Aquaviva, y formó parte del grupo que inauguró el primer



San Estanislao sosteniendo en sus brazos con gran devoción al Niño Jesús.

edificio-noviado jesuita del mundo, en Sant'Andrea al Quirinale.

Su facilidad para la oración (que a veces lo agotaba físicamente) y su atractiva personalidad causaron honda impresión en cuantos lo conocieron, pero durante su primer verano en Roma contrajo la malaria y murió el 15 de agosto de 1568, con solo 18 años. Fue sepultado en la capilla del noviciado y su memoria se propagó. Clemente VIII se refirió a él en 1602 como «beato», y Paulo V permitió que se pusiera una lámpara ante una imagen suya en Sant'Andrea, en 1605, algo interpretado como equivalente a una beatificación, por lo que fue, en la práctica, el primer beato jesuita, poco antes de la beatificación oficial de Luis Gonzaga.

La habitación en la que vivió en Sant'Andrea fue demolida a fines del s. XIX, pero posteriormente se hizo una reconstrucción según el plan original, junto a la sacristía de la iglesia.

PARA LOS JÓVENES

En su circular de 6 de marzo el P. General indicaba que mirar a estos santos jóvenes jesuitas significa «retomar la radical entrega de la vida a Jesucristo y a la causa del Evangelio, y ahondar nuestra integración entre vida y misión. Asimismo, supone crecer en libertad interior, de manera que podamos hacer del discernimiento –personal y en común– el modo de proceder cotidiano en nuestro servicio a la misión de Cristo hoy». También se refirió a los anhelos de los jóvenes, que a veces no encuentran cómo expresar:

«Son muchos los que, en todos los países, anhelan un mundo sin corrupción, transparente y honesto, en el que haya reconocimiento y lugar para todos. Son muchos los jóvenes que, de forma noble, audaz y generosa, desearían hacer algo por el bien de la humanidad y de sus pueblos; querrían que el sufrimiento de tantos desaparezca, que se logre la reconciliación entre personas y pueblos, que se proteja nuestro planeta y que la humanidad se guíe por valores trascendentes que den sentido al mundo y a la historia humana. Frecuentemente, sin embargo, muchos de ellos no saben cómo hacerlo».

Por eso, el P. General nos anima a ayudarles para que puedan «con una valentía semejante a la de Luis Gonzaga, enfrentar los ídolos de la cultura dominante. [...] a que superen todo tipo de aprensión y de rabia, suscitada políticamente ante quienes son “diferentes” o ante los “otros”, de modo que expresen acogida, confianza y compasión».



El P. General en su circular de 6 de marzo insiste en la necesidad de escuchar a los jóvenes.

En la homilía de la inauguración del año jubilar, el P. Arturo Sosa se refirió a la inocencia de la juventud, que le permite soñar con metas altas: «El joven pone toda su energía en hacer realidad lo que ha soñado, deseado y decidido hacer. El joven [...] es el que tiene manos inocentes y corazón puro: él ascenderá al monte del Señor y permanecerá en su lugar santo. Las manos inocentes y los corazones puros son el fruto de la conversión, que conduce a la libertad y al deseo de amar y servir en todo. Es partir en el camino y subir a la montaña del Señor, colaborando con su misión de reconciliación en este mundo».

Luis fue solidario con los jóvenes rebeldes contra lo incomprensible, artificial, superficial e injusto de la vida adulta, que en él tenía, además, un trasfondo religioso. Fue consecuente con su ideal hasta poner en peligro su vida. Estanislao es ejemplo de convicción y tesón en conseguir su ideal personal de vida.

Estos dos jóvenes no se «conformaron» con la vida acomodada que les esperaba, sino que, renunciando a ella, encauzaron las inquietudes propias de su edad hacia la utopía de la «santidad». Yendo a contracorriente, sin ignorar los sufrimientos y las injusticias, fueron audaces, luchadores y humildes, para poder «en todo amar y servir». No tuvieron miedo a apuntar más alto, a dejarse amar y liberar por Dios, actitud a la que nos anima el papa Francisco.

Ambos se convierten, así, en una especie de hoja de ruta para tantos jóvenes en modo «búsqueda» en mitad de los riesgos, desafíos y novedades del mundo de hoy, para que con el discernimiento puedan contrarrestar la exposición al zapping constante del que nos previene el Papa: «Es posible navegar en dos o tres pantallas simultáneamente e interactuar al mismo tiempo en diferentes escenarios virtuales. Sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento» (*Gaudete et exultate*, 167).